

PARTE TERCERA
EL OCCIDENTE

LIBRO PRIMERO

CONSOLIDACION Y APOGEO DEL IMPERIO ÁRABE EN ESPAÑA

CAPITULO PRIMERO

EL AZOR DE KOREISCH

Mucho tiempo hace que la España, algun dia señora del mundo, ha bajado de su sitio encumbrado y si ocupa todavía un puesto en la política europea lo debe al carácter de sus hijos. Lo que sin embargo no ha cambiado en medio del variable destino es la atracción mágica que el país y la gente, la naturaleza y la historia ejercen en cuantas personas se aproximan á la esfera de acción de cualquiera de ellos, tanto que el solo nombre de España excita la imaginación hasta de las personas ignorantes é indiferentes. Los contrastes y el sello extraño que á primera vista presentan al extranjero el país y sus habitantes, contraste tanto mayor cuanto mas se los estudia, son la causa de esta atracción. La uniformidad geográfica de la gran península no impide las mayores diferencias entre los habitantes de las distintas regiones, separadas entre sí por cadenas de montañas y por rios. Hoy todavía, aunque todos se llaman españoles, el catalán no quiere ser confundido con los habitantes de las demás regiones de la península; el pueblo vasco vela receloso por su posición particular que sus montañas le han permitido conservar; el castellano se cree superior al maragato, y mas todavía al gallego; el andaluz está deseoso de aflojar el lazo que le encadena á Madrid; y así como la región montuosa del Norte se diferencia de la alta meseta comprendida entre Sierra Morena y el Guadarrama, de las llanuras feraces de la cuenca del Guadalquivir, de la vega de Granada y de las playas de Málaga, donde se mecen elegantes palmeras, del mismo modo se distingue el habitante semi-provenzal de Barcelona del ágil vasco, del grave toledano y del ardiente meridional de Córdoba y de Sevilla. Comun á todos, cabalmente por efecto de la separación local tan pronunciada, y probablemente mas á consecuencia de la separación de toda la península en general del resto de Europa por los Pirineos, es la tendencia de llevar al extremo las cualidades y particularidades que distinguen á los españoles: la intrepidez, el sentimiento del honor, de la dignidad y de la independencia, el amor, el odio, los celos y la fe religiosa. Esto es lo que da á la nación y al individuo á nuestros ojos aquel carácter de grandeza extraña que aparece en toda su plenitud y fuerza en el caballero español, ya sea un duque de Alba, ya un Don Quijote. La impresión que nos causan tantos rasgos para nosotros tan extraños redobla al oír el nombre

de Alhambra. Nuestra imaginación ve salir entonces de la Puerta de la Ley, que custodia las magnificencias de este palacio encantado, la multitud de los caballeros moros de relucientes armas; oímos su grito de guerra cuando se precipitan en la llanura sobre la hueste cristiana, y despues de la jornada sangrienta nos enseña nuestra imaginación á estos guerreros disfrutando las delicias del amor al lado de una beldad oriental de rasgados ojos ó de una rubia esclava cristiana, mientras el dulce aliento de las espléndidas noches de Andalucía trae de lejos los melancólicos acordes de una romanza mora. Todo esto, los suspiros y lamentos del amor como el estrépito guerrero, los amantes y los héroes, no son solamente meras fantasías que viven en la mente de los poetas y músicos, sino tambien realidad é historia: porque en la península ibérica llegaron á penetrarse mutuamente el espíritu de Oriente y el de Occidente. El primero no llega por sí solo, como se presenta en su propia patria, á cautivarnos por contrastar demasiado con el nuestro, pero en los moros de España, en cuyas venas corría mas sangre euscara, romana y goda que árabe, nos arrebató, porque le comprendemos sin gran esfuerzo ni estudio.

La civilización mahometana del Occidente es obra de árabes y de españoles, pero en la historia del Islam del Occidente influyeron como tercer elemento los berberiscos, porque berberiscos eran los que acudidos por Tarik libraron la batalla del Guadalete, que decidió la victoria del Islam sobre la monarquía visigoda. Mas adelante los berberiscos echaron en ocasiones su espada en la balanza siempre que el ímpetu de las armas cristianas hizo subir el platillo del dominio del Islam, y la ruina de éste quedó sellada cuando el elemento berberisco hubo perdido su fuerza. Los árabes, no por su número, porque eran pocos, sino aprovechando las discordias interiores de las tribus berberiscas, conquistaron el Norte de Africa y solo con grandísimo trabajo y dudoso éxito lograron conservarlo bajo el dominio del califa. Mucho menor había de ser por consiguiente el número de los árabes en España, donde debían conservar su dominio no solamente sobre los cristianos vencidos sino sobre sus aliados los berberiscos; y la causa fundamental de la debilidad y de la ruina final del imperio árabe en España no fué sino la imposibilidad de existir sin este elemento berberisco, que por su índole é inteligencia pesada y limitada es enemigo de toda civilización y de toda tendencia intelectual. En el terreno de la inteligencia podían encontrarse y entenderse árabes y españoles, pero nunca berberiscos,

que fueron siempre extranjeros y elemento inerte hasta para los árabes. Entre todos los grandes sabios y poetas de la sociedad mahometana occidental no se encuentra, que yo sepa, ningún berberisco; todos son ó árabes, ó judíos ó descendientes de europeos; solo en la teología figuran y en primera fila, berberiscos, pero siempre partidarios fanáticos del bando ultra-ortodoxo. Cuando el gobierno árabe no pudo ya dominar este elemento refractario á la civilización, cuando ésta había llegado á su apogeo, porque entonces era también mayor el contraste, dieron los berberiscos á esta civilización hispano-árabe el primer golpe fatal con la destrucción aunque parcial de Córdoba. Verdad es que más adelante, cuando la descomposición del imperio hispano-árabe en multitud de Estados pequeños favoreció las tendencias de reconquista de los reyes cristianos del Norte de España, los berberiscos salvaron la existencia del Islam, si quiera en una parte de sus dominios, por un período de casi cuatro siglos, pero á costa de los demás mahometanos, porque con el dominio berberisco vino á prevalecer el fanatismo intolerante, estrecho y enemigo de la vida intelectual. Fué una presión contra la cual el genio activo de los árabes españoles luchó desesperadamente y gastó sus mejores fuerzas. Esta importancia decisiva del elemento berberisco fué causa de la influencia de los Estados cristianos en la historia de la sociedad mahometana occidental; porque esta historia es también la de las tentativas constantes de los pueblos y reyes cristianos, empezadas en el mismo instante en que quedó concluida la conquista de España por los árabes, para rechazar el Islam paso á paso y expulsarlo enteramente de la península cuando quedó reducido á la parte meridional. Bajo este punto de vista, el de la lucha de los cristianos españoles contra el Islam intruso, se eslabonan los sucesos hispano-árabes, y también los análogos en Sicilia y en la Italia meridional, con los del Africa septentrional, y todos juntos forman uno de los cuadros de la historia universal, como juntos forman otro las historias inseparables de los pueblos árabe, persa y turco. Entre ambos cuadros existen relaciones estrechas basadas en una afinidad religiosa y solo en parte de raza; pues las diferencias de raza de la mayor parte de los pueblos actores y motivos geográficos hicieron que la influencia mutua de estos dos grandes grupos no llegara á ser ni con mucho lo que podría suponerse. Verdad es que los omniadas y los abasidas del Oriente hicieron grandes esfuerzos para conservar la provincia de Keirowan, y posteriormente los berberiscos conquistaron el Egipto para los fatimitas; pero las Sirtes por el mar y las regiones arenosas de Trípoli han sido siempre un obstáculo á toda comunicación corriente y seguida entre el delta del Nilo y las provincias occidentales, á pesar de la peregrinación á la Meca, tan obligatoria para los musulmanes del Oeste como para los demás, y á pesar de la unidad religiosa, literaria y científica del mundo mahometano. Hasta entre los diferentes países mahometanos del Occidente, ribereños del Mediterráneo, no hubo desarrollo común ni continuo. La Sicilia por ser isla solo sufrió la influencia de la Italia meridional, y el desarrollo del Norte de Africa recibió su verdadero impulso por la influencia de la España árabe, que sin embargo era, como la Sicilia, en el fondo solo un puesto avanzado del Africa mahometana. En nuestra narración trataremos de la expulsión del Islam de estos dos puestos avanzados por los pueblos europeos del Occidente, considerándola como uno de los actos del gran drama que representa la Edad media, aunque la expulsión se efectuó en la Italia meridional y en Sicilia por los normandos en poco tiempo y después de una resistencia corta, mientras en la península ibérica fué obra de ocho siglos de lucha que

iniciaron los pueblos de Leon y de Asturias. En esta prolongadísima lucha dependieron en gran parte las victorias de los unos de discordias y divisiones interiores de los otros, y las derrotas de la union temporal de los vencedores. La gran sublevación de los berberiscos contra los árabes del año 123 de la égira (741 de nuestra era) y las discordias subsiguientes entre los mismos árabes dieron ocasión á la formación del reino de Leon y Asturias. Por otro lado, la enemistad y las guerras de sucesión entre los reyes cristianos de Leon, Castilla y Navarra, permitieron á los mahometanos conservar su existencia precaria en el período de su división en Estados pequeños; pero por interesante é instructiva que sea la exposición detallada de las relaciones entre todas estas monarquías y de los efectos que produjeron en su historia y modo de existir, no cabe en nuestro cuadro limitado, en el cual nos hemos de circunscribir á la parte relativa á la historia del islamismo (1).

Hemos dejado á los mahometanos españoles en el momento en que al parecer se iba á abrir un período de tranquilidad bajo el mando del emir kelbita Abul Chatter en el año 125 de la égira (743 de nuestra era) después de haber quedado vencidos los berberiscos por los árabes del partido de Medina; pero aunque era necesaria la paz interior en vista de la formación del nuevo reino cristiano de Asturias, no se atendió á esta necesidad, porque las tribus enemigas de los Kelb y de los Keis no supieron frenar sus odios hereditarios ni en Africa ni en la patria de los califas omniadas, donde éstos y sus árabes se jugaban su dominio, y de consiguiente tampoco en España. Aquellas tribus no sabían dominar sus pasiones, y tratándose de venganza, primero habrían dejado perecer el mundo que renunciar á ella. Así sucedió, como se verá, que por unos cuantos bofetones recibidos por un influyente caudillo, estuvieron á punto de perderse todos los mahometanos de España.

Es-Someil Ibn Hatim, el jefe de las tropas de la tribu de los Kilab, rama keisita, era por su valor y arrojo uno de los más notables entre todos los jefes de los árabes siriacos establecidos en España (2), después de haber vencido á los partidos contrarios. Sucedió que un individuo de la tribu de los Kinana, otra rama keisita, acudió á Someil solicitando sus buenos oficios cerca del gobernador, que había perseguido al citado individuo con un fallo injusto; y Someil aceptando el encargo se presentó al instante al emir yemenita Abul Chatter pidiendo en términos perentorios justicia para su protegido; el emir amostazado rechazó bruscamente la pretensión y como Someil contestara con acritud, el emir le

(1) La exposición que sigue es hasta la mitad del libro segundo sacada de las obras del célebre y malogrado orientalista holandés R. Dozy, que ha dedicado la mayor parte de su vida al estudio de la historia de la España árabe y en parte de la cristiana hasta principios del siglo XII de nuestra era, despojándola de las fábulas de que Conde, citando en su apoyo datos falsos de historiadores árabes, ha llenado su obra. De este procedimiento de Conde ha resultado que las obras históricas sobre España anteriores á las de Dozy son completamente inservibles en la parte en que sus autores han utilizado materiales de Conde (véase Pascual de Gayangos: *The History of the Mohammedan Dynasties in Spain*, Londres, 1840 hasta 1843). Dozy además de publicar muchos documentos originales ha escrito: *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne* (tercera edición, Leyden, 1881), *Histoire des Musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les Almoravides* (Leiden, 1861), en cuyos trabajos es tan concienzudo y exacto como feliz en la exposición y en la forma; tanto que estas obras son, además de científicas y minuciosamente correctas, verdaderas joyas literarias cuya lectura recomiendo á todas las personas que se interesan por la historia de España.

(2) Los mahometanos de España daban á todo el país el nombre de Andalus, que designaba á su llegada á España solo las comarcas de Gibraltar y Tarifa, última estación de los vándalos en Europa y primera de los mahometanos á su llegada á España.

hizo arrojar de su casa con la añadidura de algunos bofetones. Someil era descendiente de aquel Schamir que había hecho acuchillar cerca de Kerbelá á Husein, nieto del Profeta; era como su antepasado valiente y liberal, pero impetuoso y cruel, despreciador de la muerte y dado á los placeres materiales, sin curarse de las prescripciones de la religión. Mas se parecía á los antiguos guerreros del desierto, que dividían su tiempo entre los combates y el vino, que á un creyente. Ofendido ya en su dignidad personal, que para él estaba por encima de todo, no tuvo más pensamiento que vengar la afrenta recibida y no tardó en atraer á su proyecto á los individuos de todas las ramas del grupo keisita, que naturalmente hicieron suya la causa de uno de los suyos más distinguidos. Por otra parte, el ofensor pertenecía al grupo yemenita, más numeroso y enemigo del keisita (1); pero como dentro de cada grupo había también entre tribu y tribu rivalidades y odios, los keisitas lograron atraerse algunas tribus yemenitas, á saber las de los Cahm y Schodham, prometiendo al jefe de una de ellas, llamado Thowaba Ibn Selama, la jefatura de toda la empresa y en caso de salir victorioso el emirato de toda España. Siendo Thowaba yemenita, la noticia de su elección aplacó el ardor guerrero de las tropas del gobierno, que desde aquel instante no veían ya motivo para una guerra fratricida, pues con tal que gobernara uno de los suyos el país, les era indiferente que se llamara Abul Chatter ó Thowaba. Así, cuando en la primavera del año 128 (745) se levantaron los aliados en armas al Sur de Córdoba y el emir Abul Chatter marchó contra ellos á la cabeza de su tropa yemenita y se vieron frente á frente las dos huestes á orillas del Guadalete, hubo solo un ligero simulacro de combate; el emir fué hecho prisionero y su gente huyó, y si bien Abul Chatter logró evadirse con el auxilio de un jefe kelbita, no pudo conseguir que la mayoría de los yemenitas le prestara su cooperación armada para recuperar su puesto, y no le quedó más remedio que retirarse al territorio de su tribu, mientras su competidor afortunado fué reconocido como emir y se estableció en Córdoba. Nadie intervino á favor del depuesto, porque en el Oriente se desdoblaban los partidos desde la muerte del califa Heschem (125 de la égira, 743 de nuestra era) en la cruenta guerra civil que acabó con la caída de la dinastía omniada, y en Africa luchaban igualmente los árabes entre sí y después contra los berberiscos occidentales, de modo que ni unos ni otros podían pensar en intervenir en España. Sin embargo, Thowaba, por pura formalidad, como más adelante Yusuf, se dirigió á Abderraman Ibn Habib solicitando la investidura legal, que le fué concedida (2). Thowaba pudo, pues, proceder como soberano en España; mas para no excitar los celos de los jefes árabes, conservó él y siguieron sus sucesores la práctica de hacer orar en las mezquitas por los califas omniadas y después de la caída de éstos por los abasidas en calidad de soberanos legítimos. Si se hubiera presentado Thowaba como soberano, no siendo siquiera miembro de la familia del califa reinante, ningún jefe le habría obedecido, y por otra parte, siendo un lugarteniente, á quien el califa podía destituir en cualquier instante como á un simple funcionario, no era tampoco muy grande su autoridad. Así fué que la situación del país dejó mucho que desear. En las provincias del Norte las tribus berberiscas, debilitadas ya desde el año 123 (741) por sus luchas con los árabes vecinos, peleaban contra los cristianos; también combatían contra éstos las guarniciones en el Mediodía de la Galia, y como ni unas ni otras recibían auxilio suficiente

(1) Conviene observar que no emigraron á España tribus ni menos grupos de tribus enteros, sino solo partes de ellos, que con el tiempo pudieron aumentarse y formar tribus nuevas.

(2) Ibn Jaldun, edición de Bulak del año 1284 de la égira.

ni en tiempo oportuno de Córdoba ni de Zaragoza, iban perdiendo terreno. En 142 (759) las unas perdieron á Narbona y cuatro años antes habían perdido las otras á Pamplona, recobrada por los vascones. En las provincias del Oeste y en Andalucía vivían los árabes diseminados en las comarcas ocupadas por sus respectivas tribus, como dueños del país, haciendo cultivar sus propiedades por los cristianos con el carácter de colonos hereditarios, fuera de aquellos territorios que los conquistadores habían dejado en manos de los habitantes antiguos en virtud de capitulaciones especiales, como sucedía en una gran parte del Sudeste.

Estos árabes llevaban una vida muy regalada, cuando no tenían por vecinas tribus berberiscas, siempre turbulentas, y para distraer sus ocios hacían guerras de tribu á tribu ó se levantaban á lo mejor en armas contra el gobierno. El emir disponía de las rentas de la quinta parte de todo el territorio, que hacía cultivar, como los demás, por los habitantes antiguos generalmente; pero sobre los árabes no tenía más autoridad que la que éstos le querían reconocer ya por su influencia personal y la de su familia y tribu, ya por la que le daba su riqueza. Los habitantes antiguos no figuraban entonces para nada, como vencidos que eran, en la vida pública. Muchos nobles visigodos habían conservado sus bienes sometándose á tiempo á los nuevos amos y no mezclándose en sublevaciones ni motines; y en el siglo XI todavía existían muchas de estas familias que cumplían cuidadosamente con todos los deberes y obligaciones impuestos por los vencedores. Para los pequeños propietarios rurales y para los colonos que continuaron cultivando sus campos bajo el dominio árabe, que al principio fué muy llevadero, el nuevo estado de cosas era muy preferible al anterior; por tanto no pensaban en rebelarse, al contrario, en el trascurso del tiempo adoptaron voluntariamente la religión de sus amos, con lo cual ellos y sus hijos entraron como hijos adoptivos en la tribu árabe respectiva, de cuya fortuna ó desgracia participaron desde entonces, bien que en la práctica estuvieron más ó menos postergados á los árabes legítimos, hasta que con el tiempo llegaron á formar una clase bastante numerosa para intervenir en la marcha política de su país. Así se comprende que los árabes, apenas se hubieron enseñoreado del país, pudieran continuar, sin cuidarse de los berberiscos ni de los cristianos, el género de vida que habían adoptado en el Oriente desde la muerte del califa Walid I, pasando el tiempo en guerras personales y de tribu á tribu, debilitándose individual y colectivamente, hasta que apareció el hombre providencial, ambicioso y capaz que logró reunir los elementos parciales en una colectividad fuerte y detener así la ruina del dominio mahometano en España, ruina iniciada ya entonces por el movimiento inaugurado en Asturias y facilitada por los progresos de los francos en el Mediodía de la Galia.

Un año estuvo Thowaba encargado del emirato, y apenas había restablecido la concordia por un momento y á lo menos en la apariencia entre los partidos árabes, la muerte puso término á su carrera el año 129 (747). Su tribu quiso naturalmente colocar á uno de los suyos en el puesto vacante. Entre sus jefes, pretendió la plaza Yahya Ibn Horeith, pero no era del gusto de Someil, que no tenía otro afán más que vengarse en la persona de su enemigo el ex-emir yemenita Abul Chatter. A este fin apoyó la elección de un testamento que encontró en la persona de Yusuf Ibn Abderraman, tataranieto de Okba, el afamado conquistador de Africa, y que además pertenecía á la tribu de los Fihir, rama de los koreischitas, los cuales como parientes más inmediatos del Profeta formaban una aristocracia por encima de todos los partidos. Hicieron valer todos estos méritos á falta de otros

personales que el candidato no tenía. Al otro pretendiente Ibn Horeith se le contentó con el gobierno importante de Reiya (1) y Yusuf fué proclamado emir en 129 (747). Todo habría podido marchar bien, si el keisita Someil hubiese podido enfrenar su odio á los yemenitas; pero apenas vió asegurado en su puesto al nuevo emir, que le obedecía en todo y por todo, hizo que destituyera á Ibn Horeith, que acababa de partir para su provincia, y de cuyo despecho é ira participaron todos los individuos de su tribu. Los yemenitas echaron mano á las armas, y hasta el anciano Abul Chattar se vió obligado, á pesar de sus negros presentimientos, á tomar parte en la sublevación. Cerca de Secunda, á orillas del Guadalquivir, enfrente de Córdoba, tuvo efecto la batalla entre los sublevados y las tropas del gobierno en el año 130 (747). El combate duró todo el día, y hácia la caída de la tarde Someil llamó á su auxilio á los vecinos de Córdoba para decidir la jornada. El refuerzo era insignificante, pero los yemenitas estaban fatigados y les faltaron fuerzas para rechazar el nuevo ataque y hasta para huir. Muchos, entre ellos Ibn Horeith y Abul Chattar, cayeron vivos en manos de los vencedores. Someil se vengó sin atender á la voz de la prudencia y su saña feroz horrorizó hasta á sus aliados mas empedernidos; Ibn Horeith y Abul Chattar fueron decapitados y tras ellos tocó la vez á los demás prisioneros; pero cuando habian caído ya mas de setenta cabezas los mismos partidarios de Someil le obligaron á poner término á la matanza. Ninguna fuerza humana pudo ya hacer olvidar tanta sangre vertida, cuyo recuerdo emponzoñó para siempre todas las relaciones entre los yemenitas y los keisitas de España.

Pocos años despues abrióse un período calamitoso para los musulmanes. A consecuencia de repetidas malas cosechas hubo en el año 132 (750) una hambre terrible, y en 134 (751) otra que fué aumentando hasta el año 136 (753), causando en todas partes una miseria espantosa, la muerte de innumerables personas y la reemigración á Africa de grandes masas de berberiscos, disgustados ya de los árabes y fatigados de las embestidas incesantes de los cristianos. En todo este tiempo mostróse Someil á grande altura. En el año 132 (750), el primero del período del hambre, se vió obligado á aceptar el gobierno de la provincia de Zaragoza, que el emir le confirió para librarse de su tutela, conforme Someil comprendió muy bien. Había establecidas en aquella provincia muchas familias yemenitas, á las cuales Someil se propuso vejar y humillar á sus anchas; pero cuando vió los grandes estragos que allí causaba la escasez de víveres prevalecieron en su alma sentimientos nobles, y olvidando su rencor, dedicó todas sus fuerzas á disminuir los padecimientos del pobre pueblo sin distinguir entre amigos y enemigos, tratando á todos con igual liberalidad y benevolencia. Esto, sin embargo, no impidió que cuando en 136 (754) el hambre empezó á ceder, rebrotara el odio en el corazón de los yemenitas contra el verdugo de Córdoba. En el citado año levantáronse contra Someil y contra el emir no solamente los enemigos del primero y de su tribu, sino tambien varias tribus del partido dominante con sus jefes por envidia al emir, no obstante ser éste individuo del mismo tronco. Algunos de los keis veían con repugnancia las crueldades y la conducta despótica de Someil y le consideraban hombre peligroso, y otros, miembros de las familias mas ilustres koreischitas, miraban con desprecio al emir Yusuf, que como fihrita pertenecía á una de las ramas koreischitas menos

(1) Esta provincia comprendía las comarcas de Málaga y Archidona. El nombre de Reiya era probablemente una corrupcion del nombre latin *Regio Malacitana*.

ilustres, además de ser personalmente y como gobernante una nulidad completa. Entre estos últimos ocupaba un lugar distinguido un tal Amir, descendiente de la antigua familia de los Abd-ed-dar, cuyos miembros ya en la época pagana y despues en las huestes del Profeta en las batallas de Bedr y del Ojod habian sido los porta-estandartes de Mahoma. Estos títulos de nobleza, unidos á las acciones de guerra de que blasonaba, hicieron que Amir se creyera muy superior á Yusuf, y cuando éste le quitó el mando de una division del ejército, rompió abiertamente con él. Hizo cerca de Córdoba una tentativa de sublevacion contra el emir, y como saliera mal, se dirigió con sus partidarios en busca de los yemenitas al otro lado del Ebro, donde fué recibido con los brazos abiertos. Su hueste se aumentó rápidamente y hasta se la agregaron turbas de berberiscos de las comarcas vecinas, tanto que pudo sitiar en su propia fortaleza de Zaragoza en 136 (754) á Someil, que tan poderoso antes, solo tenía á su disposicion una fuerza escasa aunque de confianza. El emir de Córdoba carecía de influencia para reunir y enviar un ejército á su socorro, y por otra parte pasó mucho tiempo antes de que los keisitas establecidos en las provincias de Elvira (Granada) y de Jaen, cuyo auxilio habia solicitado Someil por mensajeros enviados por él directamente, se resolvieran á responder á su llamamiento. No se pusieron en camino hasta mediados del año 137 (principios de 755), y poco faltó que llegaran tarde, porque á haber tardado pocos dias mas habria caído Zaragoza en poder de los sublevados. Pero éstos, á fin de no verse atacados por dos lados á la vez, levantaron el sitio, sin por esto renunciar á la guerra. La salvacion de Someil aumentó los bríos de las tribus keisitas; en el curso de la primavera marchó tambien el emir Yusuf con nuevas tropas al socorro de Someil y ambos efectuaron su reunion cerca de Toledo. Viéndose ya Someil á la cabeza de fuerzas superiores á las del enemigo repasó el Ebro y ofreció la paz á los sublevados á condicion de que se sometieran, prestaran otra vez obediencia al emir y entregaran á Amir, á su hijo y otro jefe koreischita. Los yemenitas, ya fuese porque estaban descorazonados, ya porque esperasen una sublevacion que los suyos preparaban en Sevilla, dieron oído á las proposiciones moderadísimas de Someil, y confiando en que Amir y su hijo nada tendrian que temer de los de su propia casta, aceptaron el convenio y entregaron á los tres individuos koreischitas. El odio de Someil, sin embargo, se habia reconcentrado no ya en los yemenitas sino en los koreischitas, y su hueste keisita quedó aterrada cuando le comunicó su resolucio de hacer ejecutar á los prisioneros, que con su intervencion habian hecho peligrosa la sublevacion yemenita. Por lo pronto cedió á las protestas de los indignados jefes influyentes de su ejército, especialmente de Suleiman Ibn Schihab y Hosain Ibn-ed-Dadschn, de la tribu de los Benu Ka'ab, y no tocó á los tres prisioneros; pero hizo que el emir enviara á los dos jefes citados con sus tropas al Norte contra los vascos de Pamplona, que acababan de sacudir el yugo mahometano y que derrotaron en las montañas de Navarra las fuerzas enviadas contra ellos; Ibn Schihab pereció en la batalla y Hosain consiguió huir con el resto de los Ka'ab y llegar á Zaragoza. Cuando esta noticia llegó al ejército del emir, que se encontraba á orillas del Jarama y regresaba á marchas lentas á Córdoba, el débil Yusuf cedió á las instancias de Someil é hizo ejecutar á los tres prisioneros koreischitas en otoño de 138 (755). Esta ferocidad tuvo consecuencias tan funestas para el incuo Someil como la que habia mostrado despues de la batalla de Secunda, porque si ésta le enemistó para siempre con los yemenitas, la otra le enajenó la amistad de los koreischitas, con sus numerosos allegados y partidarios,

y hasta de una gran parte de los keisitas, á los cuales estaba unido con lazos estrechos Hosain, mientras el resto de los keisitas quedó disgustado y descontento. La pasion ciega de Someil le habia conducido al borde de su ruina y no estaba lejos el hombre destinado á consumarla y á producir un cambio radical.

Mientras la España mahometana estaba sufriendo los destrozos causados por guerras intestinas, por el hambre y las embestidas de los astures y vascos, terminó en Oriente el sangriento drama cuyos causantes y principales actores fueron los abasidas. Desde el año 132 (749) reinó sobre los países principales del Islam el sanguinario califa Safah, y desde 136 (754) el feroz Mansur, califa como el otro, mientras los contados omniadas que se habian salvado de la persecucion de que eran objeto esperaban tiempos mejores, ocultos en sitios seguros ó vagando expuestos á toda clase de aventuras por el Africa septentrional. Dos de estos últimos perecieron, segun expusimos en la parte primera, y al otro, Abderraman Ibn Moawiya, nieto de Hescham, dejamos en el extremo Oeste del Africa del Norte, á donde habia llegado despues de innumerables aventuras. Su proyecto de fundar para sí un reino entre Barka y el Océano Atlántico con el auxilio de una de las muchas tribus berberiscas de aquel país, se estrelló contra la aversion que esta raza siente á todo lo árabe. Huyendo de un jeque de kabilas llegó finalmente á Ceuta, en compañía de un liberto fiel, llamado Bedr, pero sin recurso alguno. Cuenta la leyenda árabe que en su niñez le habian profetizado que llegaría á ser rey poderoso, y que la fe que conservaba en esta profecía le sostenia en los momentos mas aciagos, como sucedia tambien entonces. Así, mientras aprovechaba la hospitalidad de los berberiscos de la comarca de Ceuta, que muy poca confianza le inspiraban, envió en el mismo año 137 (á principios del 755) á su fiel Bedr á España, donde no gobernaban berberiscos sino árabes, y árabes de Siria y hasta de Damasco, la misma capital de los omniadas, entre los cuales podia haber libertos ó descendientes de libertos de califas omniadas y que por lo mismo estaban obligados á prestar auxilio á un nieto fugitivo de aquellos califas. La mision de Bedr consistia en buscar á los tales servidores, averiguar si en medio del desórden interior habia alguna coyuntura favorable para un miembro de aquella familia perseguida y ver si podia contar con la cooperacion activa de los libertos de la misma. Bedr cumplió su mision con mucha habilidad y lo que era mejor con mayor éxito de lo que él y su amo se habian atrevido á esperar. No fué únicamente el afecto á la familia omniada el que á sus libertos hizo prestar oído á las comunicaciones de Bedr, sino tambien el interés personal, porque perteneciendo de hecho todo liberto, su familia y sus descendientes, á la tribu de sus amos, participaban tambien de las ventajas y prosperidad de la misma tribu y especialmente de la fortuna, poder é influencia que alcanzaban sus amos, á los cuales y á sus descendientes quedaban siempre ligados por lazos de gratitud y de fidelidad. Los libertos de la familia omniada, que en número de 500 individuos vivian en las provincias de Elvira y de Jaen, no tenian mas protector en España cuando los omniadas reinaban en Oriente que el lugarteniente del califa, y siendo éste á la sazón Yusuf, del cual ninguna ventaja sacaban, les sonrió la perspectiva de lograr posiciones importantes bajo el gobierno de un omniada, si éste llegaba á ocupar el emirato. Esta esperanza produjo una excitacion extraordinaria entre los interesados, y sus jefes Obeidallah Ibn Otman y Abdallah Ibn Khalid declararon á Bedr que estaban prontos á hacer todo cuanto pudiera contribuir al buen éxito de los planes del príncipe fugitivo.

EL ISLAMISMO

Solos no podian dar ningun golpe á causa de su exiguo número, y era indispensable ganar el apoyo de uno de los grandes partidos que entonces se disputaban en la península el predominio. Someil no habia perdido entonces todavía su popularidad con la muerte de los tres koreischitas; el ejército keisita estaba justamente poniéndose en marcha para el Norte con el objeto de hacer levantar el sitio de Zaragoza, y como en él habia un contingente de libertos de los omniadas que vivian entre los keisitas, esto ofrecia una coyuntura excelente para tratar directamente con Someil, el personaje mas influyente en España y sin cuyo apoyo casi nada importante podia hacerse. Someil estaba descontento del emir Yusuf; pero tampoco se disimulaba que un omniada en su lugar podia cercenar su importancia y poderío; y despues de mucho vacilar convenciónse de que mas le convenia dejar al débil y dócil Yusuf en su puesto que colocar en su lugar á un omniada, que muy bien podia resultar peligroso. Con esto despidió á los allegados del pretendiente intimándoles bajo grandes amenazas que no hicieran ningun movimiento. Viendo que nada podia esperarse por este lado, los solicitantes probaron fortuna cerca de los yemenitas, los cuales en el Norte continuaban levantados en armas contra Someil y Yusuf, y aunque en Sevilla y su comarca se mantenian tranquilos, no habian olvidado la matanza de Córdoba. A la primera insinuacion declaráronse dispuestos á tomar parte en una empresa que á la sombra del nombre omniada prometia un éxito mejor que las operaciones hechas contra los keisitas. Con esto tuvo Bedr lo que buscaba; pero era necesario poner manos á la obra sin perder momento á fin de que pudiese realizarse con buen éxito el pronunciamiento en el Mediodía antes de que los yemenitas que sitiaban á Zaragoza fuesen vencidos por las tropas del gobierno, que marchaban contra ellos. Bedr y algunos servidores de la familia omniada pasaron al Africa á llamar al pretendiente, el cual desembarcó en el mes de Rabí II del año 138 (agosto-setiembre de 755) cerca de Almuñécar, al Este de Málaga, donde fué recibido por Obeidallah é Ibn Khalid, que le acompañaron al castillo de Torrox (1), propiedad de Obeidallah, situado en la provincia de Elvira al Oeste de Loja.

El nieto de Hescham solo contaba veinticuatro años cuando desembarcó en España, donde en mas de treinta años de lucha se conquistó un reino y una fama imperecedera como gobernante, pero donde manchó tambien su nombre con crímenes imperdonables. De gran estatura, robusto é infatigable de cuerpo como de inteligencia, enérgico y activo, era tan buen soldado como jefe, y siempre á la cabeza de sus tropas jamás confiaba este puesto á otro. A una inteligencia penetrante, á la vena poética, tan comun entre los árabes genuinos, y á los rasgos de ingenio mas sutiles, unia una instruccion brillante y una gran facilidad de expresion; pero al mismo tiempo era fogoso, apasionado é iracundo; jamás olvidó ni las ofensas ni las resistencias opuestas á sus planes, y por el contrario dió al olvido con harta frecuencia los beneficios y los servicios recibidos cuando los conceptuaba borrados por sucesos posteriores. Con todo, sabia fingir una calma y una amabilidad tan engañosas que extraviaban á la persona mas sagaz, y esto y su conocimiento admirable de los hombres, su astucia y sutileza, y su habilidad inconcebible en el trato, le hacian digno competidor del primer Moawiya, su antepasado, que con iguales dotes fundó el dominio de los omniadas en el Oriente, como lo iba á fundar su descendiente en España. Tambien competia Abderraman con Moawiya en punto á falacia y en general en la

(1) No debe confundirse con la plaza marítima de Torrox, ocho leguas al Este de Málaga.